

I

A diferencia de los viajes que se emprendían en barco de vela, a camello o sobre elefantes —ataviados de manera ostentosa—, los viajes circulares utilizan transportes más modestos, por ejemplo, un taxi, un tren o un camión rojo de dos pisos, típicamente londinense, y lo que veo yo, Nora García, es lo que se ve desde la altura, y no toda la altura; estoy sentada arriba y atrás; además fumo, y bien sabemos que en una sociedad puritana los fumadores merecen un castigo: ya no se puede fumar ni siquiera en el segundo piso de un autobús y muy pronto ni siquiera en la calle. Si estuviera sentada en la parte delantera del vehículo podría ver con claridad el panorama; en la parte posterior se pasa al lado de los árboles florecidos de la primavera y parecería que con la ventana abierta fueran a destrozarme la cabeza; pero es sólo un rozón, tropiezan con el autobús y rayan la bella pintura roja,

dejándola marcada, cicatrizada, para hacer juego con los asientos remendados del interior. Viajo en un autobús número 14 con plataforma abierta, un autobús de los antiguos, que, cuando estuve en Londres, eran aún muy numerosos.

Prosigo: pasamos frente al Arco de Wellington, en la esquina de Hyde Park Corner (explicación redundante), estoy sentada, como dije, en el segundo piso del autobús, en la parte trasera, donde huele a tabaco, a tabaco rancio, el de las colillas aplastradas y enterradas entre las tablillas del piso, iguales a las tablillas de los viejos metros (por ejemplo el maravilloso de Saint John's Wood que aún conserva sus bellas lámparas art déco y 450 escaleras hacia arriba y hacia abajo, ascensor en reparación) y si para colmo o para delicia —cada quien ve la feria como le acomoda—, viajo en uno de los tradicionales autobuses cuyos conductores son gente de color —swarthy people, aquí les llaman—, hindúes los choferes o los conductores negros o viceversa —quienes además de vestir un unifor me raído huelen (humanamente) a sudor e insultan a los pasajeros en un inglés que nada tiene de africano o de oriental pero sí de cockney—, específicamente dentro del perímetro comprendido entre la iglesia de Saint Gilles y otra iglesia o otra plaza pública en Soho de la cual en este momento no puedo recordar el nombre, me es imposible viajar sin distraerme y decidirme a favor del pasajero insultado (por lo general muy blanco, vestido como un caballero de otros tiempos) o aceptar que el conductor o el cobrador tienen tooooooda la razón, por eso mi texto apenas al-

canza el nivel de un cromo o de un paisaje de acuarela, acercamiento superficial, es decir pintoresco, aunque quisiera tener la misma calidad de ese tipo de pintura llamada precisamente así, pintoresca, de la cual se dice (¿apropiadamente?) que era representante Turner (no lo creo), Turner, el pintor inglés que más me atrae junto a Stanley Spencer, Francis Bacon y Lucien Freud. Admiro a Turner cada vez más en mis frecuentes visitas a la Clore Gallery —una reciente extensión de la galería Tate (finales de los ochenta)— y lo contemplo como si estuviera en un autobús de dos pisos, rojo, sentada en la parte de arriba (donde apesenta a tabaco), al lado de esa ribera del Támesis conocida como la Mill Bank (en la época de Turner, el río estaba repleto de barcos mercantes y barcas de pescadores) (Inglaterra era entonces una isla rodeada de mar y Londres una ciudad con un hermoso, sucio y agitado río), y veo pasar los cuadros en rápida sucesión (la expresión de quienes se pasean en las pinacotecas revela una mal disimulada decepción: que en ellas sólo haya cuadros colgados, asegura Walter Benjamin), los cuadros pasan frente a mí como pasan los peatones por Picadilly Street, desde mi observatorio en movimiento, o cuando, en verano y en Hyde Park, los sorprendo acostados en el pasto tomando el sol, felices, sin preocuparse de que sus blancas pieles —si son blancas— puedan insolarse: practican un striptease maravilloso, lo admiro en todo su esplendor desde la torre vigía del camión (aún no se construye la nueva Tate con su vacilante puente, el Millennium: atraviesa el Támesis).

Ésta es obviamente la historia de un viaje, mi viaje, un viaje singular, la historia de un turismo a medias, recorro Londres en metro o en un camión rojo de dos pisos, antiguo, con su plataforma descubierta, su escalera de madera casi de caracol y su cobrador reglamentario (quizás hindú) y desde la parte trasera del autobús donde se sientan los fumadores, cerca de la ventanilla, en el segundo piso, contemplo el panorama: por mi relato van pasando los personajes de la calle o las novelas, los cuadros de los museos, los reportes del tiempo de la BBC: siguen el ritmo —la rapidez o la lentitud— con que el autobús o los metros recorren la vieja ciudad inglesa: es un viaje interior, el mío, el de Nora García o, más bien, si soy más precisa, confesaré que se trata de un viaje topográfico. Cuento entonces la historia de un viaje circular: in-sisto, mi propio viaje, el viaje in illo tempore de Nora García.

(¡Qué locura, la de perseguir acontecimientos en todo el mundo! Si hubiese una revolución en China, sería necesario ir a buscar. En esta tierra, se juega solamente el papel de espectador, se transita de teatro en teatro y nunca es posible fijarse en el lugar de la escena. Una abominable forma de proceder: habría que pasar por lo menos parte de la vida en un solo lugar. Algún día las puertas se cerrarán: la vejez será el único premio al incesante movimiento de la juventud.)

[¿Carta de Mme de Staël a Jean Potocki?
¿1787?]

King's Cross huele a orines, es natural, por sus pasillos, sus escaleras, sus plataformas, deambulan centenares de londinenses y de extranjeros de todos los colores, los olores, las razas, los vestidos más es- tafalarios, adornados o desordenados, compuestos o descompuestos (¿averiados?), parecidos a los relojes distribuidos a lo largo y ancho de esta estación de metro (the tube) —y muchas otras, Picadilly Circus, por ejemplo—, jirones del vendaje espectacular que permitió construir el Museo Británico en cuyas salas se alojan los faraones dentro de sus sarcófagos. Cada uno de esos cadáveres momificados, perfectamente envueltos, el ejemplo deteriorado, duplicado, de los relojes que en Earl's Court Station, línea Picadilly, deberían marcar claramente las horas, los minutos, los segundos, para que los usuarios puedan consultarlos y llegar a tiempo a sus destinos; los relojes son secretos, enigmáticos, velados, muy parecidos a las momias de los sarcófagos de los monarcas egipcios, antes de que los trasladasen al taller del relojero o al depósito de cadáveres, la prueba palpable del fin de un imperio: King's Cross huele a orines y sus relojes están vendados como las momias de los faraones.

La antigua puntualidad inglesa es un mito, pienso, Conan Doyle ya no podría escribir sus novelas sobre Sherlock Holmes. ¿Cómo podría el famoso detective salir despavorido de su casa situada en Baker Street (muy cerca de Marylebone y de lo que es ahora el museo de cera donde se reproduce a los famosos:

Marilyn Monroe, Margaret Thatcher, Jackie Kennedy Onassis, Maria Callas, Ronald Reagan), acompañado de Watson (quien abandona a su esposa y a sus pacientes para seguirlo) con el objeto de alcanzar el tren (saldrá en punto de la 1.25 de la tarde) y llegar a tiempo a Baskerville para resolver el misterio de los mastines fantasma en uno de estos trenes que siempre se retrasan? Los relojes verificaban fehacientemente el paso de los años y los ingleses llegaban siempre puntuales a su destino; los relojes de hoy están vendados, maniatados, comunican su retraso, marcan la impuntualidad que en todas las estaciones de Londres convoca a largas colas de viajeros esperando pacientes en Liverpool Street, Paddington, Victoria, Waterloo, King's Cross a que el tren de las 5.55 en punto del viernes por la tarde (antes de iniciar el weekend, la famosa semana inglesa) llegue con veinte minutos, treinta minutos, dos horas de retraso, anunciadas sistemáticamente cada diez minutos con voz amable que apologiza the inconvenience que ese retraso cause en los viajeros (sin mencionar en absoluto la posibilidad de múltiples catástrofes provocadas por el deficiente mantenimiento de los trenes), para que cuando al fin y al cabo pueda yo abordar el vagón de segunda (los pasajes de primera son muy caros, los de segunda también y desplazarse a distancias muy largas lo es aún más), pueda ocupar uno de los asientos cuidadosamente remendados: hacen juego con los vendajes llenos de polvo que cubren los relojes de las estaciones de los metros o de las calles, y me recuerdan los que en las plataformas extienden su impun-

tualidad y la trasmiten a las pantallas electrónicas de tenidas misteriosamente (¿los enigmáticos relojes de Cartier?), a las cinco en punto de la tarde, hora del té o de la muerte de Ignacio Sánchez Mejías, en el poema de García Lorca.

La morosidad es una dimensión espacial.

Nora García contempla en este preciso instante el extraño reloj vendado de la estación Picadilly Circus y la moderna pantalla electrónica; en ella se lee que el tren con dirección a Heathrow pasará justamente en doce minutos. Sol brillante, unas cuantas nubes, un viento helado, dice el comentarista de la BBC, pronunciando de manera explosiva las consonantes. Espero de pie, espero, siempre espero, electrizada, no puedo separar mis ojos del reloj vendado, vuelvo a pensar en Holmes, en los sarcófagos y en el tradicional e imponente imperio inglés de mis lecturas, su espectacular importancia exhibida en el Museo Británico situado en Russell Square (de la Picadilly Line), monumento y mausoleo, atesora el pasado clásico (los Elgin Marbles) y glorioso (las ruinas de Nínive) de Inglaterra, ahora en jirones, como las vendas de ese reloj vendado que Nora García mira con impaciencia en la pantalla (no hay que darle demasiada importancia a fin de cuentas, pues, como asegura en una entrevista Caetano Véloso, Inglaterra (también Puerto Rico) es una isla que ya pertenece a los Estados Unidos). El reloj anuncia con precisión digital: el tren llegará exactamente en doce minutos más, convertidos pronto en veinte, por lo que quizás pierda su vuelo (ella, Nora García). Se le agolpan los

recuerdos, cuya forma y solidez —su misma existencia— depende de las palabras, única posibilidad de existir. Alguien dijo alguna vez que el mundo y el lenguaje se articulan uno sobre el otro, se saturan dentro del mismo espesor voluptuoso: recuerdo entonces que en mi infancia la referencia al tiempo era artificial: la figura de mi madre (una mujer muy bella) estaba colocada dentro de mí con una temporalidad ficticia, la del cine. Se me antojaba un personaje de una película de los años treinta o cuarenta —consistencia de celuloide—, ligada a un tipo de vestidos y peinados que sólo podían existir en la pantalla: una concepción de belleza de un tiempo irreal, distante, estereotipado, el tiempo de Mirurgia (estuches Maja anaranjados y negros: polvos art déco Maderas de Oriente; perfumeros deliciosos con garigoleos geométricos, marca Orgía; retratos de mujeres de cejas depiladas y perfectamente delineadas, párpados sombreados, labios de púrpura encendida, caras misteriosas, cabellos brillantes, lisos y sin embargo ondeados, enmarcando un rostro intemporal, a la Greta Garbo o a la Josephine Baker). El tiempo tiene una dimensión trágica, nunca se recobra, aunque le pese a Proust.

Los metros son urbanos, me digo, con gran obiedad y seriedad, aunque a veces los trenes también atraviesen el campo. El tren que espero es de ciudad, llega finalmente; cuando lo abordo, ocupo un asiento forrado de terciopelo de colores sobrios, azules, grises y ocres con blanco, remendados, como los de los trenes que van a Oxford o a York, su tela suntuosa se

asemeja a la de los trenes que circulaban en los años treinta, cada compartimiento con su propia entrada. Entro y coloco mi maleta negra en una esquina, exactamente debajo del letrero que dice luggage. Logro sentarme aunque en ese momento el tren empiece a llenarse, los olores son aún tenues, los viajeros de pie van hundidos en sus gabardinas (pronóstico del tiempo: sol brillante interrumpido por lluvias ligeras, mar gruesa en el Canal), leen los periódicos, sus pies abrigados sobriamente por clásicos calcetines de rombos, grises, azul marino y blanco o beige, ocre y blanco; los punks sin calcetines y los pelos parados, teñidos de morado, rojo o verde; una multitud abigarrada, nunca se toca, como si nadie tuviera ni nalgas ni manos, se viaja respetuosamente distante uno del otro, una de la otra (corrección política del lenguaje) (un milímetro, o un décimo de milímetro), no hay contacto, sólo a veces, cuando las portezuelas se cierran sobre los usuarios o cuando el tren se detiene con violencia, con mucha violencia, en un túnel negro, los cuerpos se tocan levemente y los pasajeros bajan la vista, avergonzados, molestos, tomados en falta. En cuanto el tren reanuda su marcha, todo vuelve a la normalidad, el tacto se vuelve distante y natural, hemos regresado al estatuto de los milímetros. Me he puesto de pie para darle el asiento a una mujer mayor, pierdo de pronto el equilibrio, susurro una disculpa, nadie me responde, no me han visto, me han tocado: no existo.

(En México viajo en metro y pretendo llegar a la estación de Pino Suárez, línea 2, advierto consternada

la increíble proliferación de manos, situadas a la menor provocación sobre cualquiera de las partes prominentes de mi cuerpo, y al bajar del vagón siento como si ya no tuviera nalgas y como si me sobrasen manos y recuerdo un viaje a Italia con varios amigos, algún veterano, en un autobús en Roma, al bajar veo marcada en la cadera derecha del vestido blanco de mi amiga Aurora una mano morta, negra, delineada, perfecta, furtiva.)

Cuando se abre la puerta que dejará salir a los pasajeros y entrar a muchos más, me llega un penetrante olor a orines y así, sin siquiera alzar la vista del periódico del vecino donde voy leyendo la nota roja, adivino que el tren ya ha llegado a King's Cross, que no es el lugar de mi destino, tengo que esperar todavía muchas estaciones más hasta Heathrow, terminal 2, viajes continentales, allí tomaré el avión de Air France rumbo a París (un tiempo inclemente me espera); sigo leyendo con descaro en el periódico de mi vecino (The Sun) la noticia de la primera plana, cuenta minuciosamente y con fotografías el famoso caso de los cross bow murders que aún no se resuelve, echo de menos a Sherlock Holmes; abajo, en letras mucho más pequeñas me entero de los acuerdos tomados por Thatcher, Reagan y Gorbachov para reducir el número de misiles en Europa; observo con curiosidad impertinente, latina, a mi vecino, sus rasgos muy ingleses, claro de tez, nariz clásica, pelo castaño y liso bien peinado, abundante, va totalmente enfrascado —como debe ser— en su actividad viajera favorita, la de leer su periódico matutino sin tomar en

cuenta ninguno de los movimientos del tren, ni siquiera los más convulsivos, los más trepidantes; el caballero vestido con un traje bien cortado de estricto casimir inglés gris oscuro con rayitas blancas y sobrios y elegantes choclos (¿Church's?) (¿últimas baratas de febrero?); sus calcetines de lana diseñan perfectos rombos grises, combinan con el blanco y el azul de la lana fina (cashmere): exacta reproducción de un grupo de británicos retratados en un ingenioso cartel de publicidad exhibido en Swiss Cottage o en Finchley Road, elogia un whisky escocés (Laphroaig) y demuestra el magnífico gusto de uno de los personajes del anuncio: ha elegido comprar precisamente esa marca específica (es un día ásoleado y transparente), expuesta triunfalmente en la etiqueta de la botella colocada en una bolsa, a sus pies (no se representa por desgracia la blanca caja de metal con negras letras antitruadas que puede luego usarse para almacenar especias), al hacerlo ha demostrado sin ambages su individualidad a pesar de que va sentado en hilera al lado de otros caballeros, perfectamente simétricos, dentro de ese vagón del metro, ataviados ellos con los mismos clásicos (obsoletos) trajes de estricto casimir rayado (Burberry), sus exactos calcetines de lana a rombos y todos, sin excepción, entregados a la obsesiva tarea de leer las noticias matutinas. No sé a ciencia cierta qué periódico están leyendo los caballeros del anuncio, no recuerdo si se trata del Daily Standard, el Independent o el Financial Times.

Cuando me distraigo de la lectura, puedo ver a la gente desde la ventanilla y, de manera un tanto obli-

cua, el reloj: verifico que sigue cuidadosamente vendado con masking tape como si fuera un Cronos destronado. Con dudosa nostalgia rememoro mi visita a la sala de los faraones y compruebo mentalmente que los vendajes de las momias son de algodón egipcio verdadero. Cuando el tren arranca, vuelvo a perder el equilibrio, caigo sobre mi vecino, quien apenas me mira y, sin prestar atención a las mil disculpas que farfallo, reasume imperturbable la lectura.

III

El concepto del tiempo fue creado por nosotros, la forma de medirlo es una convención, el tiempo no existe en sí mismo. ¿Es acaso posible fijar el tiempo? (Benjamin: captar exactamente lo que está sucediendo en el lapso de un segundo es más decisivo que conocer con antelación futuros remotísimos.)

En la Edad Media no podía comerciarse con el tiempo, era sagrado; los mercaderes tenían prohibido acumular deudas, las cobraban o pagaban de inmediato. En el siglo XIV empiezan a fabricarse los relojes mecánicos, antes se medía el transcurso de las horas con los relojes de arena (clepsidras). Temporalidad marcada por los astros, concepción rural, atada a los ciclos de la tierra y sus cultivos. O bien temporalidad religiosa, medida por los rezos. El concepto del tiempo fue creado por nosotros, la forma de medirlo es una convención: el tiempo no existe por sí mismo. ¿Podemos detenerlo? Estoy en Barcelona, veo las no-

ticias en la BBC: los atentados terroristas en la estación de Atocha, Madrid, 192 muertos, 100 kilos de explosivos de dinamita Goma 2 Eco: los comentaristas me son desconocidos: en mis tiempos sólo el rostro moreno de un trinitario con anteojos interrumpía la blancura homogénea del personal; de manera estrictamente democrática, los locutores forman ahora un verdadero mosaico de nacionalidades, representan a los hombres y mujeres del antiguo Commonwealth inglés: chinos, hindúes, sudafricanos, malayos, irlandeses, trinitarios, rumanos, escoceses y galéses. Inalterable, alambicado, ingenuo, con su acento británico excesivo, reconozco (lleno de canas) al locutor (multo) que desde hace muchos años explicaba con minucia inverosímil las posibles e innumerables variaciones meteorológicas (lleva anteojos): la brisa, la nieve, los fuertes vientos del norte, la neblina y las lloviznas, las tempestades, el granizo, las marejadas, el sol brillante, afrodisíaco, el calor húmedo, intempestivo del verano: 38 grados Celsius.

Se ha demostrado que las fotos publicadas en el *Mirror* son falsas, sí, las que mostraban a varios prisioneros iraquíes desnudos encapuchados y torturados por oficiales del ejército británico, anuncia una locutora rubia, sonriente, bien maquillada y bien vestida. Morgan, el gerente del periódico, ha sido expulsado, aparece inmutable en la televisión, sale de su oficina con un traje azul marino a rayas y una corbata roja con lunares, sus zapatos brillan y sus calcetines ostentan los eternos rombos grises y blancos de los altos funcionarios.

Cuando llego a París, desde Londres, tengo que adelantar una hora mi reloj; cuando regreso, lo atraso, también una hora.

IV

Para viajar tengo varias opciones de transporte. Si quiero dirigirme a algún lugar dentro de Londres, aún el taxi es útil, además del metro (tube) o del autobús (no sé montar en bicicleta y menos, obviamente, en moto); pero si quiero salir de Inglaterra, están el avión y el tren, a los que accedo pasando por el metro y el autobús que a su vez me llevan a Heathrow, como ya lo he mencionado varias veces; el taxi puede dejarme en la estación de Victoria y en Victoria abordo el tren que va al aeropuerto de Gatwick; en Gatwick abordo el satélite: me precipita a una sala fuera del circuito principal para dirigirme a América (como aquí le dicen) en un avión de Continental, o, peor aún, en uno de Panamerican, me rodearán cientos de gringos gordos, miserables, con problemas glandulares, comiendo todo tipo de junk food, apretujados en sillones contruidos para ahorrar el máximo de espacio (algunos necesitarían hasta tres lugares); prefiero economizar, privarme de muchas cosas para poder comprar billetes de Club o Business Class, estirar un poco las piernas y no sentir mi asiento invadido por mi vecin@, la gorda infame que lleva shorts, eructa, tiene venas varicosas en las piernas y calza zapatos tenis.

Si mi intención no es la de viajar hasta el continente americano y deseo en cambio recorrer Europa, tomo el tren que va a cualquiera de los lugares fronterizos en Inglaterra, allí me subo a un ferry cuyo destino es el continente (genéricamente y por antonomasia). Antes de que inauguraran el túnel, había varias opciones: cruzar el canal en un Havercraft, especie de barco montado sobre llantas que hacía un viaje rapidísimo, o, como lo hicimos mi hija Federica y yo, abordar un ferry tradicional y obsoleto para Bélgica (Ten cuidado, Nora, esos barcos suelen hundirse, me previene una amiga: ¿recuerdas el naufragio del Seebrugge, murieron 334 personas entre hombres, mujeres, ancianos y niños, sin contar a los miembros de la tripulación).

Una vez en Oostende y después de visitar el museo y admirar los cuadros de Ensor, adquiero un eurail pass: no puedo aprovecharlo, desperdicio mi tiempo y mi dinero, como cuando fui a Alemania algún septiembre: no viajé con maletas livianas, sólo dos de treinta kilos cada una: imposible subir y bajar del tren, cómoda y reiteradamente, a menos que un amable caballero, especie en vías de extinción (tanto como los mozos de cordel), se apiadara de mí y me ayudara a bajar o subir mi equipaje (una caja fuerte), semejante (solamente por su peso) (y sin sombrereras ni maletas de cuero marcadas con mi nombre ni etiquetas de los sitios visitados) al de una actriz o una cantante de ópera (Lidia Georgiu) seguida por su séquito o al de una dama noble (una princesa que viajara antes de la Primera Guerra Mundial), auxiliada

por los empleados del tren o los camareros de los hoteles principescos donde habría de alojarse (Silvana Mangano: La muerte en Venecia).

Esa misma causa me impidió visitar las ciudades que deseaba conocer; tuve que permanecer en el tren hasta llegar a Estambul, mi último destino, pasar allí mis semanas de vacaciones (dejando en la consigna del hotel mis pesadas maletas para visitar Ankara, Esmirna y Capadocia) (la región sufrió; mientras la visitaba, un fuerte temblor de tierra, 6,5 grados Richter) y para retornar a Londres tuve que tomar un avión. En el camino admiré desde la ventanilla las estaciones de París, Roma, Venecia, Viena, Praga y Berlín. No pude visitar tampoco y cómo me hubiera gustado ciertas ciudades situadas dentro del perímetro que cubría la Cortina de Hierro antes de derrumbarse.

V

King's Cross sigue oliendo a orines. Es natural: por sus pasillos deambulan todas las razas, se mezclan todos los sudores, se oyen todos los sonidos y al pie de las escaleras mecánicas / antes del incendio / se oye a los saxofonistas: tocan un jazz sabroso, suave, desentonado y ríspido, la orquesta es un aparato portátil de transistores: contiene todos los sonidos del mundo, activados por baterías; a veces, un guitarrista, un acordeonista o hasta un trío de orquesta de cámara actúan como si estuvieran en una sala de conciertos (en uno de los andenes del ferrocarril urbano de

Barcelona un delgado contratenor japonés entona un aria del Ariodante de Haendel, canta como un samurai preparándose para el combate, su voz perfecta de soprano expresa con triste alborozo la pena de la amante despechada). Por King's Cross pasa siempre el payaso vestido de smoking, totalmente gay y totalmente rubio (se parece a David Bowie, a quien detestan los articulistas de la revista Time Out); también yo suelo pasar por allí, es la estación más grande de Londres, llegan los trenes locales y los que van al continente, varias líneas del metro convergen en King's Cross. En la plaza de Victoria Station se estacionan en fila autobuses rojos de dos pisos; cerca, la estación de Saint Pancrass (furor neoclásico, furor neogótico), junto a una iglesia-templo-griego dedicada a San Pancrancio con sus caríátides oscurcidas por el viejo smog y la neblina ahora desaparecida y omnipresente en tiempos de Sherlock Holmes (cuando se embarcaba en la estación de Saint Pancrass para buscar a un asesino escondido en un castillo; casi invisible, pleonástico, envuelto en el humo de su pipa, mirando por la ventanilla; en el asiento de enfrente, el infatigable Watson, apenas útil como amanuense; Holmes, indolente, hundido en sus pensamientos y en el opio, no tiene tiempo para escribir; Watson, torpe, ¿gordo?, ¿obtuso?, ¿pedestre?, escribe, admirándolo) (en Londres, Nora García no podía concentrarse para leer, leía revistas de modas y decoración de interiores: había comprado las obras completas de Conan Doyle y la Clarissa de Richardson, cada libro pesaba dos kilos, los utilizaba como pesas para reforzar los múscu-

los de los antebrazos). Pero no estoy en Baker Street (Circle o District Line), estoy en King's Cross (Picadilly o Northern Line) y vivo en Londres (por un tiempo), me subo a uno de los vagones de la Picadilly Line, rumbo a Heathrow: como todas las cosas en Londres el tren conecta con algo, en este caso, el aeropuerto (para mí, específicamente, voy a París). Sigo un hilo literario, nunca lo dejo, lo llevo como Teseo llevaba a Ariadna, aunque la hubiese abandonado en una isla desierta para que un día la encontrara Baco (mientras espera, Ariadna se lamenta, Monteverdi la rescata), y yo, Nora García, me dirijo a Francia, donde de todo, pienso, es dionisiaco (:...?), me regocija encontrarme en calles con cafés al aire libre —es verano— y en Londres sólo hay pubs: los odio. Si busco un lugar para sentarme en el Marquess of Granby o en el Salisbury no lo encuentro, en cambio, permanezco de pie, rodeada por ingleses expansivos que hablan a voz en cuello, después de tomar quince cervezas bitter, espesas, oscuras, calientes, nauseabundas (mis amigos aclimatados a Londres las encuentran deliciosas), las venden solamente hasta las once de la noche, la gente se apresura a comprarlas antes de que la es-tridente campana anuncie, como en los barcos mercantes, el toque de queda.

Mientras me dirijo a King's Cross, imagino que en unos cuantos años más podré tomar mi Bentley y llegar al túnel, conectará las dos orillas, la de la isla y la del continente, Inglaterra se convertirá en un isla sin mar, se destruirán el paisaje, las cumbres de esa costa borrascosa, o, peor aún, se pasará debajo de sus

agrestes laderas y no podré admirarlas, no me detendré en Folkstone para embarcarme en el ferry que atraviesa el canal de la Mancha y llega a Francia, no respiraré el aire salado, sentada en un compartimiento con mis amigos ingleses bebiendo vodka helado y comiendo chocolates confectionados con cacao muy puro y provenientes de Bélgica (el cacao es originario de México), hasta llegar a Boulogne sur Mer, donde pediría un kir royal y mis amigos un calvados —un petit calva— mientras esperamos el tren francés (mucho más eficiente) (viajo de Poitiers a París, el TGV se tiene estrepitosamente (mi maleta cae sobre mi pie derecho, lastimándome), el tren permanece varado en medio del campo florecido —es abril—; varias horas después se nos informa que un ciervo, corriendo a alta velocidad, ha incrustado su cerebro en la altramente sofisticada máquina de la locomotora); en el tren seguiría departiendo con un buen vino tinto —un discreto Châteauneuf-du-Pape— hasta llegar a París, o simplemente permaneceríamos en Boulogne, compraríamos diversos tipos de quesos —camembert, bleu d'Auvergne, cantal, roquefort— y patés de conejo, de puerco, de oca, para hacer un picnic, o, aún mejor, comeríamos opíparamente en un restorancito muy francés, acompañando la comida con champagne.

VI

¿Te analizas con el Doctor D, me preguntan, a mí, Nora García? ¿De verdad? ¿Cómo lo hiciste, me

vuelve a decir mi amiga (la misma) (inglesa), mirándome dudosa, como si yo fuera un insecto? Es sensorial, maravilloso, extraordinario, fantástico, un clínico de primera, insiste, mirándome con esa mirada sorprendida y envidiosa, me examina de arriba abajo, como si no acabara de creerlo. Pues sí, me analizo con el Doctor D., contesto, ya muy irritada. ¿Qué hay de extraordinario? ¡Pero, Nora, ¿no te das cuenta?, fue nada menos que discípulo de Anna Freud, me contesta, mirándome fijamente, despreciativa.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano, entre sueños he oído ruidos aterradores, ululantes, sacuden los cristales de mi ventana: vivo en un basement desde hace un año y cuando hace buen tiempo se ven los pies de los transeúntes que pasan por Tregunter Road, como en los cómics cuyos protagonistas son siempre niños. Me visto corriendo, ya se me hizo tarde, salgo, me dirijo a la parada del autobús, es el número 20, cada vez tarda más y no es de los que me gustan, es uno de los nuevos double deckers con su escalera de madera, su cobrador, chino, hindú, sudafricano, inglés o irlandés, y una mujer que lleva con desgarmo su uniforme me dice Love: le enseño de inmediato (feliz) mi abono semanal —con la horrible fotografía carcelaria tomada en el fotomatón—: sirve para el metro y para el autobús: dos zonas. Me siento atrás, siempre atrás porque fumo y aunque apesta me encanta porque me divierto viendo pasar a la gente y ya no me siento turista, porque ya no lo soy, estoy en Londres y me analizo con un analista famoso que dice que hablo bien inglés, es viejo

pero célebre, cojea un poco, bajito, rechoncho, deslavadado, sus ojos son azules.

¿Cómo lo lograste?, repite mi amiga (¿mi amiga?). A very charming young woman who happens to know him me lo recomendó y aquí estoy corriendo dos veces a la semana (cien libras la sesión) para llegar a tiempo y tomar el autobús. Es de los nuevos, de un rojo brillante, más grande que los que tienen la bella plataforma antigua; el conductor hace un ruido espantoso cada vez que se detiene, el camión se bambolea, arranca de nuevo y casi me tira por las escaleras, hoy, como siempre, estoy en mi lugar preferido, junto al barandal, en este caso un barandal anodino, modernizado; fumo un cigarrillo Marlboro (caja dura, roja con blanco): you've come a long way, baby, todavía no se persigue sin piedad a los fumadores. Es mi parada, en Oxford Street, son las siete menos cinco de la mañana, hace frío y está oscuro. Percibo de inmediato algo raro en las calles, árboles caídos, muchos policías, pocos transeúntes, ruidos apagados, distintos a los habituales. Un hombre pasa apresurado y me da un empujón, me repongo, lo insulto (en inglés), no contesta; furiosa y sin aliento, llevo al consultorio de Harley Street, mi cita es a las siete, toco, nadie contesta, espero un largo rato, aterida, hace mucho viento, espero, veo el reloj, las siete y quince, regreso hacia Oxford Street. Busco una placa de cerámica azul, redonda, ¿el número 17 de la calle?, explica que en ese lugar vivió alguna vez un hombre famoso, Turner, mi pintor preferido, Turner —más bien uno de mis pintores preferidos, junto con Stan-

ley Spencer, Lucien Freud y Francis Bacon— (¿Hogarth?). Turner, quien en esa calle precisamente, donde ahora sólo hay consultorios médicos, tuvo una casa, al lado de su casa chica, en Queen Ann's Street, donde instaló a su amante, la viuda de un amigo músico con la que tuvo dos hijas y con la que nunca se quiso casar. Turner, el gran pintor, hijo de un peluquero y una mujer sujeta a periódicos ataques de furia, nieta de un próspero carnicero y muerta en el manicomio. Turner, nacido en Covent Garden (entonces un mercado floreciente), Turner, siempre temeroso y sensual (más que sensual, libidinoso): para él las mujeres eran, como la naturaleza, desbocadas, semejantes nada menos que a los huracanes o a su madre.

En la esquina hay una zapatería que me gusta y cuando salgo del consultorio del famoso psicoanalista me detengo a contemplar las vitrinas, hoy me lo impide lo anómalo de la situación, los policías, los árboles caídos, las camionetas oficiales, las ambulancias, un transporte de soldados avanza lo más rápido que puede por la avenida, los árboles impiden su carrera. Estoy ya en Oxford Street, a la altura de John Lewis, hay una oferta de tapetes persas, igual a uno que me compré hace días en el depósito de los comerciantes orientales en Highgate, ¡al mismo precio!, me da rabia. Sigue el desorden, es muy temprano. En la esquina de Marble Arch hay estacionados camiones de bomberos: árboles desgajados por doquier, otra vez ambulancias, camionetas, policías. Le pregunto a un policía la causa de tanto desorden, no me contesta,

qué raro, me digo, por lo general son muy atentos, ninguno se detiene, no me miran siquiera, me dejan con la palabra en la boca. En el kiosco, abierto por milagro, compro el Independent, una edición extraordinaria; en la primera página leo los grandes titulares: vientos huracanados han destruido en la madrugada muchísimos árboles, dañado algunos edificios, derribado varias rejías de Hyde Park, una gran parte de los Kew Gardens se ha arruinado. Regreso a pie. En los Boltons, cerca de Tregunter Road, gruesos troncos impiden la circulación, una sierra mecánica rebana los árboles caídos (parecen las columnas desgajadas de los templos griegos que yacen por tierra en algún lugar de Sicilia), hago un rodeo para llegar hasta mi casa. Entiendo la razón por la que mi analista, el famoso, el célebre discípulo de Anna Freud, no acudía a tiempo a nuestra cita.

Es verdad que muchas veces llega más tarde que yo y tengo que esperarlo afuera, a la intemperie: un invierno permanente. Llega en un cochecito verde oscuro, camina con dificultad, es viejo y cojo, sus ojos azules fatigados, bigote cano, cara rosada como la de un bebé, expresión cálida, parecida a la de esos abuelos míos a quienes no conocí; es muy temprano, las siete y cinco en punto de la mañana; entramos, me recuesto en el couch, insiste en que mi inglés es bueno, me aprovecho y empiezo a formular mis quejas, cuidando de pulir mi acento, me quejo, me quejo y me quejo y lo hago en un inglés tan deprimente, tan poco modulado, tan repetitivo y con un whining system tan reiterativo que el pobre analista se queda

dormido sin remedio, sin roncar, pero dejando caer silencios enormes entre mis quejidos y sus interpretaciones; me doy la vuelta un poquitito, lo miro de reojo, está dormido, me levanto airada. Se despierta con un sobresalto y tartamudea, me manda luego una carta con excusas, trata de convencerme de que no soy culpable, de que no han sido mis quejas las que lo han hecho dormirse, sino ese horario despiadado (no me cobra esas sesiones).

Interrumpí mi tratamiento para ir a México de vacaciones. Tres semanas después regreso a consulta con mi famoso psicoanalista. Se reiteran las escenas: hablo en inglés (una cantilena monótona), me quejo, me quejo, quejas y más quejas lacrimosas y sustentadas; el médico se aletarga, va quedándose dormido. Al verificarlo, no sé si disculparlo —¡es tan famoso!— y me echo encima toda la culpa. La relación paciente-analista-transferencia-contratransferencia se vuelve tan perversa que al cabo de un tiempo decido cortar por lo sano e interrumpir mi tratamiento, a pesar de la enorme fama que enaltecía al terapeuta. Le explico mis razones, el hecho de que mi relato produjera sueño significa nada menos que ya estoy curada, ¿cómo podría ser de otra forma si él es tan célebre y yo una simple paciente mexicana masculando un mal inglés (sin entonación) monotemático e incipiente?

Menos mal que tuve la suerte de vivir de verdad, sin saberlo y sin sufrir personalmente los daños, un acontecimiento meteorológico excepcional, un huracán (menos intenso) que el que azotó a las West Indies a principios del siglo pasado, huracán que vivie-

ron (también sin saberlo) los niños protagonistas de la famosa novela de Hughes, *High Wind in Jamaica*.

Menos mal que aún no habían construido la terminal número 2E en el aeropuerto de París, Roissy-Charles de Gaulle, por cuyo muelle de embarque hubiese tenido que pasar yo todos los fines de semana—weekends en francés como en inglés—en mi obsesivo transcurso de la isla al continente y que acaba de derrumbarse estrepitosamente.

Menos mal que a cualquier hora del día, durante el invierno o durante el verano, King's Cross huele y olerá eternamente a orines.

VII

En Heathrow desciendo en la terminal número 2 del aeropuerto, tomo el avión, como si tomara un metro, y hora y media después he llegado a Charles de Gaulle (es una hora más tarde: adelanto mi reloj). Abordo otro metro, rumbo al Luxemburgo, y con mi maleta sobre ruedas, como una aeromoza cualquiera y acostumbrada a esos saltos geográficos cotidianos (mientras más cotidianos, más deliciosos), me encamino, sin desviaciones (como las del fluir de la conciencia), a mi hotel en la calle de Saint-Sulpice, cerca de las torres cercenadas de la iglesia, en la plaza neoclásica, más auténtica que la iglesia inglesa (ripió completo) de Saint Pancrass; enfrente, la tienda de Yves Saint Laurent (el verdadero) (aunque prêt-à-porter), la admiro con nostalgia y sin dinero, me enca-

mino por las callejuelas, paso por Mabillon, me acerco a Saint-Germain, bajo a una estación, justamente Saint-Germain, pienso en Cortázar y, al recordarlo, en Teseo: en el transcurso entre un metro y otro metro ya soy su Ariadna, llevada de la mano por su hilo, ese hilo que regresa a alguno de sus libros: ¿Todos los fuegos el fuego? ¿Rayuela?: los protagonistas van de París a Buenos Aires (o de Londres a París, como yo, Nora García), deambulan de un lado a otro lado, de un mar al otro mar, de un continente al otro, ¿o es simplemente King's Cross?

King's Cross huele a orines de saxofonistas, de niñas y niños lindos, de violadores, asesinos, negros de las West Indies, indonesios, mujeres con saris, hombres obsoletos y elegantes con traje gris oscuro, gabardinas azul marino y bowler hats, mujeres totalmente rubias, paquistaníes, punks con los pelos pintados de verde y erizados, jóvenes con aretes en las dos orejas, hombres enormes en camiseta con tatuajes gigantescos en los brazos, en la espalda, en el cuello, en el pecho (los enmarca el vello), perros (¿perros?), viejecitas con sombreritos color celeste, castrati (¿castrati?), en este metro donde no se puede, aunque quisiera, tomar el té de las cinco en punto de la tarde como lo tomaban los argentinos en el Jockey Club de Buenos Aires o como antes lo tomaban los ingleses en sus clubes de Londres o las inglesas en sus salones de té con delicados decorados de florecitas rosas en los tiempos de Jane Eyre o Sherlock Holmes o en las novelas de Dickens o en mi departamento situado en la calle de Tregunter Road, calle de árabes sauditas

propietarios de Jaguares y Rolls Royces, donde vivo yo, Nora García, en el sótano, viendo pasar a los transeúntes (aunque sólo les vea los pies, como en las caricaturas de la infancia); me dispongo a beber a las cinco en punto de la tarde, sentada en el sillón de mi casa, mi Earl Grey Tea en una vajilla de porcelana blanca con florecitas color naranja, tazas torneadas, deliciosas, transparentes y mórbidas (la compré un domingo, en una subasta en un pueblo inglés cercano a Cork, con su iglesia de torres truncadas), acompaño mi té con panecillos y bizcochos azucarados o con sándwiches de pepino, descanso un rato antes de reiniciar el diario recorrido que me conducirá inexorablemente a King's Cross y a su sempiterno olor a orines.

VIII

En el café del Panthéon veo pasar a la gente desde mi vitrina en la terraza, desayuno un croissant y bebo un expreso suavizado con un poquitito de leche: a mi lado una pareja se besa, un señor con lentes y cara de intelectual lee *Libération* y yo converso con Valeria, quien me ha citado allí: hablaremos de su próximo divorcio (es delgada, elegante, usa un traje pantalón gris oscuro y una camisa blanca de Armani, tiene cuarenta y seis años, su esposo la ha dejado por una joven de veintiséis, él tiene sesenta), ya no me importa, dice, mordiéndose las uñas.

King's Cross huele a orines, es natural: en sus

enormes pasillos se mezclan los olores, las razas, los sonidos. Veo reiteradamente al mismo clown, al mismo saxofonista, oigo el mismo ríspido sonido. ¿He salido de Londres?, me pregunto, ¿he salido siquiera del metro?, ¿o estoy escribiendo una tarjeta postal en el Deux Magots, sentada en el asiento que alguna vez ocupara Simone de Beauvoir?

La iglesia de Saint Pancrass frente a la estación es de estilo gótico victoriano, monumental. Combina con los intrincados laberintos mentales de un Holmes, de un Wilkie Collins o de Julio Cortázar, todos los fuegos el fuego, el verdadero, el que ha causado la catástrofe más grande de la historia del metro londinense, clausurado varias estaciones, dejando muchos muertos, y obligado a los ingleses a dejar de fumar en los pasillos, ¿bastará con tomar esas medidas?, ¿se evitarán las catástrofes si se deja de fumar?, ¿sigue siendo muy peligroso entrar a King's Cross?, ¿terrorismo o negligencia?, ¿no sería mejor esperar a que les paguen más a los empleados, a que barran con mayor asiduidad las escaleras o a que encuentren los planos extraídos desde la época de Sherlock Holmes? ¿O sería más cuerdo pedirle a Conan Doyle que escriba este texto?

King's Cross huele a orines y el humo de los cigarrillos de siglo y medio —cuando todavía se fumaba— ha añejado las paredes y las ha impregnado de un olor indescriptible. Es natural, por sus enormes pasillos, por sus escaleras mecánicas (algunas de tabillas de madera donde se atoran los tacones de los zapatos de diseñador), pasan todas las razas, se mezclan todos los

sudores (los sudores europeos) —los europeos creen que su sudor trasciende menos que el de los negros—, los humores son acres, rancios; al pie de la escalera (de cualquiera de las escaleras, de las mecánicas y de las normales) se oye un saxofón, un hombre moreno toca un jazz sabroso, levemente desentonado, ríspido, un aparato de transistores lo acompaña, a voz en cuello: las monedas se apilan, tintinean, hacen un ruido parecido al de los transistores en la radio (si se oyeran) (cuando a veces tomo el tube en Knightsbridge rumbo a Heathrow y París, las escaleras mecánicas muy largas y muy hondas rechinan dulcemente, un sonido maravilloso: me reconcilia con Londres: es muy temprano y casi no hay gente); cuando ando por King's Cross recorriendo el larguísimo trayecto hacia la estación de la Picadilly Line, por los pasillos olorosos (más bien, hediondos), veo en las paredes los anuncios de perfumes, películas, exposiciones, Harrod's, agua mineral, obras de teatro; apoyados en ellas (en las paredes, ocultando los anuncios), los saxofonistas, los guitarristas, los acordeonistas, parejas que tocan y cantan canciones de los Beatles (ser refinado por la voz que más se ama); la gente corre en direcciones contrarias, y de pronto, en un día como cualquier otro —precisamente como éste—, un incendio rompe la monotonía, la de mi cotidiano pasar por King's Cross, la del cotidiano pasar de los saxofonistas, los ingleses, los senegaleses, los nigerianos, los hindúes, las señoras victorianas, los jóvenes punks, los escoceses, los galeses, el clown vestido de riguroso smoking parecido a David Bowie (muy maquillado),

los irlandeses, los jamaquinos, los perros y los castrati, las musulmanas con sus velos, las hindúes con sus saris y las muchachas rubias con minifalda, la gente se precipita corriendo por los pasillos de la estación donde convergen varias líneas de metro y salen varios trenes (rumbo a Londres, a las provincias inglesas o también al continente). Las estaciones de King's Cross en la Picadilly y la Northern Line se han clausurado después de la catástrofe, han muerto cientos de jamaquinos, algunos clowns, varios ingleses, niños, mujeres, hindúes, nigerianos, un australiano, un perro, un castrado y unos cuantos galeses y escoceses. Subo al tren en Euston, donde también convergen trenes locales y diversas líneas del metro; de nuevo aparece, ubicuo, imprescindible, mi clown vestido de smoking, gay, rubio, delgado / se parece a David Bowie, a quien detestan los del Time Out / delgadísimo, tan de negro, tan pintado. Yo he engordado mucho últimamente y me cuesta trabajo desplazarme con rapidez, como demasiados croissants en el Café Soufflot de París, frente al Jardín del Luxemburgo, recién desembarcada del avión que he tomado en el aeropuerto de la estación de Heathrow de la Picadilly Line (adelanto mi reloj una hora).

King's Cross, cuando camino por sus pasillos, huele a orines y después del incendio también a humo, es natural, por allí deambulan los londinenses, atareados, corriendo, trepados en las escaleras automáticas, algunas todavía con tablillas de madera donde se atorran los zapatos de tacón delgado, las colillas, la basura; yo uso tacones bajos, no demasiado, pero

mis tacones no se hundan en las escaleras automáticas de los metros londinenses y aún menos en las de los metros franceses, más modernas, mejor aceitadas, más rápidas, menos resbalosas (?), y con esos zapatos de tacones bajos puedo subir las escaleras del autobús número 14 y sentarme en la parte de atrás sin tropezarme o caminar horas enteras por las calles del Quartier Latin sin que se me lastimen los pies, antes de meterme al cine y admirar en versión original la última película que premiaron en el Festival de Cannes.

IX

King's Cross huele siempre a orines de saxofonistas, de diplomáticos, de árabes, de niñas lindas, de violadores, de incendiarios, de vagabundos, de neuróticos y alcohólicos anónimos que van al trabajo o se dirigen al pub de la esquina, el pub local donde inician la noche con una enorme cerveza negra, apesetosa, pesada, muy espesa, amarga, una Guinness —los Guinness, dueños de más de mil y tantas cervecerías—, y saludo allí a los ingleses que viajaron conmigo a Sicilia (era su quinta vez, el quinto verano) cuando la visité con mi hija Corina, embarcándonos en King's Cross, rumbo a Heathrow, antes de que se produjera el incendio en el metro, causado por una chispa de cigarrillo que conectó con uno de los tablones de una de las escaleras de madera y se extendió por toda la estación (se comprobó que había sido un accidente y

no los terroristas): permaneció clausurada largo tiempo, el que yo estuve en Londres.

Converso con los ingleses que encontré en Catania (allí nació Bellini) (Norma, interpretada por la Callas, su voz es frágil ya), me cuentan que alguna vez fueron gerentes de un pub en Leicester Square, que reiteradamente cada verano viajan a Sicilia, esa otra isla de Europa tan distinta a la suya, aunque compartan la insularidad, el mar y un antiguo destino imperial, en el caso de los sicilianos, más antiguo y más modesto. En Palermo estamos sentados en una plaza asoleada, bebiendo vino con otros turistas ingleses recién casados (han venido a recorrer Sicilia para tomar el sol), beati loro: Agrigento, Taormina, Siracusa, Villa Armerina, Messina, Catania. Toman el sol y por lo general prefieren beber cerveza inglesa en cualquiera de los cafecitos de cualquiera de las plazas que vamos recorriendo, no les interesa nada más, ni las ruinas, ni las iglesias, ni el extenso campo donde en artístico y natural desorden aparecen las columnas disgregadas de un antiguo templo griego (La destrucción reafirma, gracias al efímero espectáculo que abre en el cielo, la eternidad de aquellas ruinas: Walter Benjamin, naturalmente); no admiran siquiera el espléndido azul del horizonte ni las mansiones patricias o las marionetas ancestrales, les gusta sentir el sol dorándoles el rostro y de vez en cuando beber vino siciliano. Ríen, hablan sin intercambiar palabra con quienes los acompañan en los pequeños cafés de cualquiera de las ciudades que vamos visitando: ahora toman vino, una copa tras otra, y luego inmensos,

esposos tarros de cerveza Guinness. Las parejas burguesas de provincia inglesa, honestamente casadas, jardineras y retiradas que viajan en el mismo tour se visitan para cenar y durante el día usan ropas de cazador; en realidad, aunque visiten con nosotras —conmigo, Nora García, y Corina, mi hija— las ruinas de la Magna Grecia, los bellos mosaicos romanos de la Piazza Armerina, los teatros antiguos, las iglesias y en los museos se detengan frente a los cuadros de Antonello de Messina, sólo les importa tomar y broncearse. Adoro Sicilia y me fascina el sol, me gusta sentirlo vestida de lino blanco, debajo de un sombrero de ancha copa azul y tomando un campari muy amargo. Corina viste un traje floreado, una rosa artificial prendida en la falda, deja entrever, coqueta, un muslo (firme y bronceado). Bebe una limonada: está preciosa.

Sicilia es magnífica, en Palermo admiramos las marionetas antiguas, exacta reproducción de la comedia atelana o de la *Commedia dell'Arte*, las calles también huelen a orines. Palermo, ciudad melancólica, nostálgica, rememora su antiguo esplendor.

Separados entre sí por espacios tipográficos o signos de puntuación (como el paréntesis), quiero creer que los fragmentos textuales se unifican en este relato circular a la manera en que se forma una materia incandescente gracias a una irradiación o a la vaporización del ambiente; sin embargo, los fragmentos nunca se tocan, ni siquiera visualmente: sobre la superficie del libro van separados por blancos textuales. Recubren a la escritura de una consistencia porosa

que arrastra zonas vacías, fragmentos temporales, dibuja hiatos y se articula a pesar de todo con la intangibilidad de lo húmedo (el verano) o la evanescencia de una aureola apenas visible: ¿el estado de semidelirio que sobreviene cuando se produce la fiebre?

X

Vuelvo a Londres, varios años después. Ya en la ciudad, tomo el metro de la Picadilly Line: King's Cross sigue oliendo a orines (han reparado la estación, los vagones son más modernos, sus asientos van tapizados de rojo o de azul oscuro, en los andenes no hay más relojes vendidos, sólo pantallas electrónicas que funcionan con precisión), sus pasillos los recorren los mismos rostros, las mismas razas, se siguen mezclando todo tipo de perfumes (Blair y Bush se han aliado para combatir al terrorismo). Me bajo en Earl's Court, camino hacia la Fulham Road, paso por mi antigua calle, Tregunter Road, pronuncio la T de manera muy explosiva, me dirijo a Hollywood Road, esa calle que cuando se iniciaba la primavera se llenaba de flores blancas y rojas, casi me sangra el corazón, como en la cantata de Bach para solista soprano, o como cuando en México a veces se puede admirar a los volcanes, el Popo cubierto hasta la base de nieve, o el Ixta deslumbrante, exactamente delineado por lo blanco. Es un día perfecto, asoleado, transparente. Ha desaparecido la casa de antigüedades donde compré el espejo victoriano; en Fulham Road camino

frente al hospital San Esteban: voy hacia Chelsea, al lado de la tienda donde se venden vestidos y accesorios de la India, me detengo frente a la enorme vitrina donde se despliegan muebles antiguos y suntuosos, miro luego la que exhibe las más finas alfombras orientales, compro unos aretes de fantasía, camino un poco más, a lo lejos, el anuncio de las llantas Michelin, la tienda italiana con sus platos de cerámica blanca y azul con una franja de peces rojos, y llego por fin a mi bistró preferido (antes había muy pocos), me siento cerca de la ventana, miro hacia la calle y espero anhelante a que pase delante de mí el autobús número 14 (siempre lo tomaba para ir a mi trabajo, aunque tardara a veces media hora en aparecer y luego, como en México, pasaran dos o tres al mismo tiempo), anhelo verlo, ese autobús muy rojo, el de la pintura cicatrizada y los asientos remendados y una plataforma abierta, antigua, a la que se podía ascender y bajar con el autobús en marcha (aun con tacones lejanos) y desde la que se podían admirar los movimientos de la calle; acodada en la mesa del bistró, junto a la puerta abierta, fumo un cigarrito, luego otro, observo a los transeúntes, sus trajes, los hombres con turbante, los anuncios de la próximas exposiciones, las tiendas, las mujeres con sus saris y sus zapatos tenis, los policías, y allá lejos, el anuncio de las llantas Michelin.

Sigo esperando, bebo uno tras otro varios cafés cortados, a intervalos irregulares pasan durante varias horas autobuses rojos de dos pisos, número 14.

Se han modernizado, han suprimido —¿para siempre?— la plataforma, los nuevos choferes conducen mal, muy mal, arrancan o se detienen de manera agresiva, me hacen daño. Muchos cafés cortados y muchos más cigarritos después, veo venir uno de los autobuses originales, todavía con su antigua plataforma.

¡Por fin!

¡Un verdadero número 14!

Suspiro, tarareo *Las hojas muertas* en la versión de Yves Montand, una furtiva lágrima humedece mis mejillas, sigo su tembloroso trayecto: cae dentro de mi taza de café.